

Desatar al hombre desenrollar al ángel

Mario Satz

El arriba citado proverbio jasídico se basa en la premisa que sostiene que toda educación verdadera es y debe ser liberadora. En principio porque la misma Torá o enseñanza contiene —ábaco de infinitas combinaciones— la capacidad de orientar al ser humano adulto e integrado psicológicamente hacia la resolución de su enigma más caro: el de su constante aproximación, por su imagen y semejanza, al Creador o, si se prefiere, a la Creación entera. El drama espiritual del hombre, dicen los maestros jasídicos, es el de producir opacidad tras opacidad: racial, familiar, territorial, mental. Opacidad que los kabalistas denominan *klipots* o cortezas que necesitan rasgarse, abrirse de manera constante y esforzada si el fruto alguna vez va a comerse o el fino grano ha de romper la cutícula para dejarse trabajar por la tierra, el agua, el aire y el fuego.

La producción de opacidad o separación no es sólo biológica o, para el caso, metabólica. Lo vivo, sabemos, es complejo, y al estar sujeto a la fatiga de sus materiales, anquilosa y cristaliza. La mente se nos torna artrítica antes de tiempo y en consecuencia el pensamiento pierde elasticidad. De manera que el combate que se nos plantea es, con frecuencia, el de deshacer los mismos nudos que nos hemos hecho para «acordarnos» de lo que debíamos hacer. Los preconceptos y los prejuicios son lo contrario de la vida anímica y espiritual,

que vive de su despierta curiosidad y capacidad de cambio. Estar hecho un «nudo», diría Abulafia de Zaragoza en el siglo XIII, es estar «adherido» a cosas que han dejado de ser; es estar sujeto a una ya muerta imagen de nosotros mismos o bien a ciertas concepciones que los demás tienen de nosotros. El nudo o *keshet* es vivido entonces como un impedimento, semejante al que aludimos al decir «tengo un nudo en el estómago». Pero aflojarse o desatarse no es sencillo ni tampoco consiste en berrear o gritar, descargas en todo caso pasajeras. En cierto modo no vale la pena desatar al ser humano si no desarrollamos, luego, su ángel, su *angelos*, palabra que en griego significa mensajero y que pasará a formar parte de *Evangelió*. De hecho, un ángel es aquel que tiene algo que decir, que tiene una «buena nueva» que comunicar. Por ejemplo: un ángel anunció a María su próxima concepción o a Mahoma su misión. Pero los ángeles no dicen lo que quieren; ni siquiera, como los profetas y poetas, lo que las distintas modalidades de su inspiración les dictan. Un ángel es por completo transpersonal, ingrávito, ubicuo, viajero, alado y la mayoría de las veces innombrable. Constancia de ello da la respuesta del ángel a Jacob en la escena de su lucha con él, cuando le dice: «¿Por qué preguntas mi nombre?» No se supone que el ángel tenga familia, aunque sí jerarquía, es decir nivel de desarrollo, más o menos altura en relación a la fuente de luz de la que procede.



Hombre Alado Acompañado
por dos Perros
Escuela Moqol, India. 1585 d. C

Si nos detuviéramos a considerar la iconografía medieval o renacentista de lo angélico nos toparíamos con esos *putti* que reproducen, punto por punto, al viejo niño Eros de la mitología clásica, lo cual lo relaciona por un lado con las alianzas de amor y por la otra con su notable ubicuidad. Hasta su dorado resplandor coincide. La expresión desenrollar, por otra parte, supone también un código previo. Como la escritura genética del ADN, el ángel está escrito en nuestras células y es casi siempre nuclear y fosfórico, enzimático y transmisor. Por tanto, cuando un ser humano no transmite vida, calor, energía, claro optimismo vital, es *porque su ángel está aún más enrollado que los nudos que atan a su hombre correspondiente*. Existe un hermoso proverbio sufí complementario de lo que estamos diciendo y, hasta cierto punto, clave para comprender nuestro planteo. Dice así: «Por más que los nudos se sucedan y varíen, la cuerda es una.» ¡Y qué es, en definitiva, un nudo sino la provisoria flebitis de la soga! El hecho de que la cuerda sea una nos está indicando que el nudo está por encima de la verdadera estructura, como la superficie del ego lo está de la profundidad del verdadero yo. Así, pues, en la tarea de deshacer los nudos y habilitar los caminos de las energías incitamos al ángel a que despierte y nos diga su mensaje.

Un poeta escribió que las alas de los ángeles tienen el color del arco iris porque «aquellos que conocen los secretos y ritmos de la luz están al tanto de sus variaciones y matices». Si así fuera, lo angélico desenrollado es doblemente consciente de lo múltiple del color —los nudos— y lo único de la luz —o sea la cuerda. Los que estén familiarizados con la tradición católica recordarán que San Pablo menciona en *I Corintios 47* la teoría —ya vieja en su época— de los dos Adanes, el terrestre y el celestial, en ese orden de aparición. Teoría que alude al antiguo concepto gnóstico del *antropon foteinos* u hombre luz al que viste una envoltura carnal o, mejor aún, quien es una suerte de negativo fotográfico que debe experimentar la revelación —generalmente en un cuarto oscuro o en una noche cerrada— para convertirse, por fin, en un positivo de sí mismo. El ser humano es una fotografía de Dios, su verdadera imagen; una fotografía, es

decir alguien-que-está-escrito-con-luz. Con luz y no solamente con sombra. Un detalle que merece recordarse es que los ángeles *descienden* para hablar con nuestra especie. Proceden de arriba a abajo y no al revés. En tal caso, y en lo que a nosotros respecta, convertirse en ángel es ascender hacia un grado cada vez mayor de tolerancia y transparencia (a menos que se sea de la hueste de Abadán, el ángel exterminador) para poder ver las cosas como desde un avión: más pequeñas de lo que en realidad nos parecen. En lo que atañe a la ubicuidad de lo angélico, ésta consiste en la facultad de estar presente —nos aclara el diccionario— *en varios sitios a la vez*. Es decir en no estar sujetos a una sola realidad ni sentirnos prisioneros de nuestro espacio o nuestro tiempo.

En la India clásica tal predisposición o capacidad —lograda a fuerza de disciplina y vocación dévica— lleva el nombre sánscrito de *siddhi* o poderes. Esto es, el don o talento para situarnos en una zona más profunda de la existencia. Es verdad que también se puede vivir sin desarrollar o desenrollar al ángel, pero ciertamente es duro y triste vivir atado, anudado o prisionero de fantasmas o concepciones letales. Los ángeles rehuyen la masa y si acaso están juntos lo están para cantar a coro tal y como se los ve en las ilustraciones que Gustave Doré hizo para la *Divina comedia* del Dante. Los individuos, en el crecimiento y la expansión de su alma, no tienen excusa posible. Inversamente, de la masa o la horda se puede decir que es irresponsable, presa de la manía o la locura histórica, ya que se rige por la ley de la gravedad que impide a los seres y las cosas volar con espontaneidad, pues está fatalmente determinada a devenir escoria y materia densa, en tanto que el individuo, un solo individuo puede —para bien o para mal— dinamizar homeopáticamente a la masa hasta abismos terroríficos o cúspides de ensueño. Hablando en términos junguianos podríamos decir que *el ángel es el principio individualizador del hombre*, su meta final, su milagrosa unicidad. Cuando, tras cierto grado de devoción y esfuerzo, comprendemos el dictum sufí a propósito de la cuerda única, comenzamos a convertirnos en verdaderos tejedores de nuestro destino, en seres que reconocen, como decía Henry Miller, que

el ángel es nuestra *watermark* o marca de agua, y que no somos más que una delgada hoja de papel en la que la vida escribe su partitura de astros y partículas.

Una historia narrada por Háfiez, el poeta persa, cuenta que habiendo hecho Dios una criatura semejante a sí mismo en barro intentó insuflarle alma, pero como ésta se resistía a entrar en el cuerpo del primer Adán, se movía de aquí para allá, era ubicua, saltarina, oscilante y afecta al aire libre, volátil e inquieta, no quiso entrar en esa prisión de arcilla. El Creador mandó llamar entonces a sus ángeles músicos para que tocaran la mejor de sus melodías y al oírla, fascinada, el alma entró en éxtasis, deteniéndose entre la perplejidad de su goce y la contención de su soplo. Como observara que su atención, su capacidad de resonancia no era lo bastante buena para captar la belleza de aquella música celestial, se introdujo en el hombre de barro creado por el Hacedor para servirse él como de una concha acústica. Y hasta el día de hoy, nos cuenta Háfiez, se cree que cada vez que el ser humano escucha el canto de los ángeles, lee poesía o descifra un símbolo, su alma se halla a gusto en su cuerpo, cuando la verdad es que *el alma misma es esa melodía y creó los distintos órganos del cuerpo para poder ser oída*. Hecha de música, el alma humana apela, de este modo, al corazón, al hígado, a los pulmones y a la tráquea, a la columna vertebral y a los pies, al cuello y a los ojos para conocerse a sí misma. Si ocurre que tales instrumentos, vivos y misteriosos, están afinados, la armonía se llama salud, y si sucede que los descuidamos la enfermedad que les sobreviene se llama ruido, olvido y muerte. «Un cuerpo sano —dicen los chinos— no siente nada»; nada, agregaríamos, que no sea el sutil, maravilloso milagro de existir como un fruto más en el vasto Árbol Cósmico. Encarnado luz en ecuaciones de suspiros. Segregando símbolos, puentes entre el Ser y la Nada.

